BOLETIN

N.° 261 - SEPTIEMBRE - 1980

BOLETIN
DE INFORMACION CIENTIFICA DE LOS LABORATORIOS SYVA

AÑO XIX - Septiembre 1980 - N.º 261

PUBLICACION DEDICADA A LOS VETERINARIOS ESPAÑOLES

Redacción, Administración y Oficinas: LABORATORIOS SYVA
Ctra. de Trobajo, s/n. - LEON
Director: D. VICTORIANO CREMER ALONSO
Imprime: IMPRENTA MIJARES - Villa de Benavente, 12 - LEON
Portada: JOSE BORT, Madrid

Boletín SYVA, que agradece todas las colaboraciones que se le envían, ni mantendrá correspondencia con los autores de aquéllas no solicitadas, ni devolverá los originales.

SUMARIO

	Pág.
Nuestros amigos árabes aumentan el precio del crudo	273
Los tristes tigres	275
Se nos ha muerto el maestro: D. Rafael González Alvarez	278
Cátedra abierta: La última lección de D. Rafael González Alvarez	281
El frío y las reacciones bioquímicas	283
Etapas intermedias	284
La forma de una molécula y su función	285
Carta abierta: Ya sin destinatario. D. Rafael González Alvarez, de la promoción 1942-47	286
In memoriam. Mi amigo, Rafael González Alvarez	289
Importancia de la materia seca de la ración para rumiantes	291
Toxoplasmosis del ternero y cordero en cebadero	294
Rinotraqueitis infecciosa del ternero	296
Denunciantes, intolerantes y agresivos	297
Cristales magnéticos emisores de sonido	301
Central eólica de componentes intercambiables	302
Humor	303

Dep. Leg. LE. 79-1958 | Núm. Reg. LE. 84-1960 | IMP. MIJARES - León

IN MEMORIAM

Mi amigo, Rafael González Alvarez

SIEMPRE he estimado que una biografía no se completa hasta que llega la muerte. La muerte es el colofón de la vida, su natural desenlace y muchas veces lo más importante en la vida de un hombre. Cuantos personajes sobresalieron por su muerte gloriosa o, a la inversa, ésta llegó a empañar una biografía.

Yo he sido testigo de la última etapa de mi admirado amigo el profesor González Alvarez a través de un largo epistolario, y después, en las contadas visitas que le hice durante su enfermedad. ¿Se puede ser amigo de una persona habiéndola tratado bien poco? Yo creo que sí, que hay una coincidencia y un afecto que se presiente y se transmite entre dos interlocutores.

No sabría decir cómo se inició mi relación con este profesor de veterinaria, que no fue maestro mío y del que, sin embargo, he recibido profundas lecciones. Lo que sí recuerdo eran sus felicitaciones navideñas que nunca me faltaron y sus cartas cariñosas, en una época en que todavía desempeñaba sus tareas docentes y la enfermedad no le había incapacitado físicamente. Después recibió, quizás demasiado seguidos, unos duros golpes para quien ya se encontraba en el crepúsculo de la vida. Primero la jubilación, luego el fallecimiento de su gran compañera, después la soledad y con ella la incapacidad de valerse solo, hasta terminar viviendo en un sanatorio. Cuando llegó aquel triste momento, recibí una carta suya en la que me decía le compadeciese por su desgracia. El sabía muy bien lo que esto iba a significar en su vida, pero yo creo que ignoraba que en aquella actitud suya ante la enfermedad, nos iba a dejar a sus amigos una interesante lección de filosofía, de norma de conducta, de cristianismo y resignación. Don Rafael se acostumbró a vivir hacia dentro, en comunión con sus pensamientos y con el mundo de las ideas que le venían de sus prologandas lecturas. Otras veces escuchaba música o escribía, y en reducidas ocasiones recibía la visita de algún amigo. En este aspecto contaba con pocos entre los titulados íntimos. Algunas veces me hablaba de Isidoro García, de Carlos Luis de Cuenca, de Miguel Cordero, de Tomás de la Peña y, sobre todo, de José Antonio Romagosa, asíduo visitante del sanatorio. A mí era al que más escribía y llegó a confesarme que en sus últimos años era al único al que contestaba las cartas, en las que me hacía confidente de sus problemas y preocupaciones. También recibió las visitas del crítico literario, pròfesor Joaquín Casalduero, quien acompañado del hoy veterinario militar José Pablo González-Pola, tuvo especial interés en conocer a nuestro colega. He oído referir con qué maravillosa erudición conversaron ambos sobre el mundo galdosiano, en el que eran especialistas. A los pocos días me daba Casalduero su opinión sobre González Alvarez con estas palabras: "No me hizo tanta impresión su enfermedad y su soledad como su calidad y valer". Y es que el mismo don Rafael parecía un personaje galdosiano, un maravilloso personaje escapado de aquellas novelas que él tanto había leído. Parece que le estoy viendo en aquella reducida habitación del sanatorio con sabor a casa particular, con su cama, su mesa de trabajo y las estanterías de libros que

le rodeaban. A través del ventanal se adivinaba el mundo exterior con su dinamismo, con ese otro aspecto de nueva página de la vida a la que ya no podía llegar. Con los años se le reavivaron los recuerdos de su niñez en León y me solía hablar de sus padres, de los profesores que conoció en aquellos años, de las oposiciones a cátedra, de su querida mujer y de sus hijas y nietos.

Cuánto sentía no poder andar para pasear por el jardín en esas olorosas mañanas de primavera. Su incapacidad para valerse por sí mismo le originaba frecuentes depresiones. Ultimamente su estado se fue agravando. Gracias a la oportuna información de mi amigo Romagosa, pude despedirme de él. Me di cuenta en seguida de que don Rafael se nos moría. De hecho, estaba viviendo de puro milagro, sufriendo en silencio, sin quejarse. Apenas hablaba, pero pudimos conversar un rato en medio de grandes pausas. Luego, una despedida conmovedora en la que ambos quisimos disimular la emoción. En el umbral sentí que su mirada me acompañaba hasta el jardín. Lo que más me impresionó fue su disciplina de trabajo que le permitía poder dictar sus artículos en medio de grandes dificultades, como dicen lo hacía Papini cuando estaba paralítico. Así pudo ser un asíduo colaborador del Boletín SYVA al que tenía un gran cariño, tanto como a su director Victoriano Crémer. ¿Cómo podía escribir este hombre en aquel estado? Esto era lo sencillamente maravilloso. Transcribo el informe que me daba en una carta en términos verdaderamente patéticos: "Sufro incontables contrariedades, luchando con una minusvalidez que parece que me atenaza. Pensar en trabajar es pura utopía; sufro como una humillación el sondaje todas las noches al acostarme; duermo poco y en postura de absoluta inmovilidad, etc., etc. Aquí terminaré mi vida. No tengo otra salida. Despues de éstas que parecen minucias ¿cree usted posible en el rinconcito donde me vio usted, se puede seriamente escribir artículos e incluso disfrutar de lecturas como las que usted me brinda y que ojalá pudieran distraer mi ánimo?"

Sin embargo, pese a este estado, don Rafael González Alvarez nos ha dejado junto a una importante colección de artículos científicos y literarios, el testimonio de su persona. Sus numerosos alumnos le adoraban como profesor por su sabiduría y por sus bondades. Don Rafael era además un hombre dotado de una gran cultura, excelente conversador y lector apasionado de temas científicos que sabía –como buen profesor– transmitir con claridad a los demás.

Por estas razones de ciencia y personalidad me atrevo a formular un ruego a las Academias de Ciencias Veterinarias y a sus colegas catedráticos de la Facultad de Madrid: tal vez una placa con los nombres de Abelardo Gallego y Rafael González Alvarez, en el Departamento de Histología y Anatomía Patológica, sea una deuda de reconocimiento a estos dos compañeros que tanto hicieron por la ciencia veterinaria.

El día 25 de junio, cuando apuntaba el verano, dejaba de existir para ser conducido su cadáver al cementerio de Nuestra Señora de la Almudena, el mismo donde fue enterrado Pérez Galdós. Ese día, en el jardín del sanatorio, moría un ruiseñor.

Descanse en paz mi admirado compañero.

Benito Madariaga